

Sobre la historiografía, el discurso histórico y las dimensiones de la historia de América Latina*

MARIO MIRANDA PACHECHO

Los estudios históricos, en la segunda mitad de este siglo, han tenido un incremento notable. Su expansión actual muestra por doquier sugestivas áreas de investigación y novísimas especializaciones que aumentan en número. Hoy se escribe historia de todo cuanto la memoria pueda recobrar y reconstruir. Nada está fuera de las posibilidades del historiador. En términos editoriales, por su variedad y extensión, la historia escrita de innumerables experiencias humanas es abrumadora. Esto quizá sea señal o indicio de que la humanidad, en su tránsito hacia la posmodernidad, asume la urgencia de preservar y enriquecer la memoria de sus logros y desventuras como testimonio de su historicidad. Sin embargo, en el auge actual de esta disciplina, algunos asuntos que le son inherentes han perdido espacios de reflexión. Entre ellos cabe mencionar el discurso histórico y las dimensiones de la historia, aspectos propios de la historiografía, los cuales, a manera de mentís, motivan una consideración relacionada con su aparente y supuesta obsolescencia.

I

La historicidad es el modo de ser del hombre. Es la condición de su existencia y de todo cuanto ha pensado o realizado desde su aparición en el planeta. Asimilarla como experiencia íntima, como

vivencia de esa realidad que llamamos historia y que fluye sin detenerse es, sin duda, la secuela más sugestiva y dramática de nuestro tiempo. Por tanto, no es privativa de los hechos del pasado, sino extensiva a todo lo que el ser humano hace y espera. En el presente vivimos más historia que en cualquier otra época; la vivimos cada día, en todas partes, y con el ánimo desquiciado por la forma compulsiva y despersonalizada en que experimentamos el cambio, lo nuevo. Por ello resulta ilusoria la idea de que la historia incumbe sólo a los países y estados, o a las personalidades descollantes en los escenarios del mundo, sin parar mientes en que ella, en su movimiento, arrastra a quienes la hacen o la padecen, involucra a todos los que le dan realidad con la acción, y a quienes la reconstruyen para darle sentido con el relato e interpretación de los acontecimientos.

En la vivencia de la historia, experiencia conciente del cambio y la continuidad, se hace lúcida una certeza: la historia, además de ser ciencia o conocimiento de los hechos humanos del pasado,¹ es también realidad de los hechos mismos en su acaecer continuo. Esta dualidad de significados refleja la relación que existe entre la historia concreta, la que realmente sucede, y el discurso histórico, entendido como explicación o reconstrucción razonada de los hechos. Dicha

* En este artículo, el autor reproduce los lineamientos principales de su ponencia presentada con el mismo título en el Simposio Internacional "América Latina ante el siglo XXI", organizado por el *Southwestern Council of Latin American Studies*, SCOLAS, Guadalajara, marzo 16-18, 1994. El texto ha sido relaborado en su integridad.

explicación, vertida en conceptos,² es inseparable de la historiografía e incorpora las aportaciones de distintas disciplinas, ciencias, teorías y corrientes del pensamiento con que han sido interpretados los hechos.

La historiografía es seguimiento del proceso continuo de la historia concreta; sigue el curso de la historia que realmente sucede, sin confundirse con ella. De ahí que al reconstruir los hechos y explicar el movimiento de la sociedad en el tiempo, la historiografía no es sólo relato e interpretación del acontecer humano diverso y continuo, sino también conocimiento de los conceptos escritos en otro tiempo y que dieron cuenta del pasado. Así, la historiografía se delata a sí misma como historia de la historia escrita, o historia del discurso,³ que se desarrolla sin abarcar la totalidad de la historia concreta.

Los hechos recientes, experimentados como cambios desconcertantes de la sociedad contemporánea, ya están inscritos en el pasado; se han convertido en historia escrita, en historia vivida para narrar los sucesos e interpretar el sentido de la época. Algunos de ellos, por su profundidad, por sus alcances y su drasticidad, más que por su cantidad, son pasado que actúa desde ahora sobre el futuro de la historia mundial. La instauración y el colapso del socialismo llamado "real", las confrontaciones ideológicas y el desenlace de la guerra fría, el reacomodo hegemónico de los países avanzados, las guerras étnicas y punitivas, la ola democratizadora de alcances mundiales, la globalización, la exploración del universo, la robotización sustitutiva de algunas actividades humanas, el conocimiento y manipulación progresiva de la genética, entre otros, son hechos ya incorporados a la historiografía o discurso de un pretérito reciente y activo, conformador del futuro.

En el "boom" actual de los estudios históricos, con la participación de múltiples disciplinas y métodos, surge una historiografía asaz peculiar que se desliza rauda por la cuerda floja del tiempo. En su deslizamiento crea y descubre áreas insólitas de investigación; replantea y sistematiza situaciones ya estudiadas prolijamente; señala hitos históricos tanto en las dimensiones del pasado como en las del presente y aun en las del futuro. De estos aspectos puede deducirse que la investigación y el conocimiento de los hechos humanos atraviesan una



crisis peculiar con la gestación de una historiografía distinta, paradójica, conformadora de una nueva era para la que se prefiguran otros horizontes y otras dimensiones.⁴

La creación de nuevos campos de investigación, el empleo de modelos y de otros métodos y técnicas de análisis, todo esto estimulado por el uso casi compulsivo de nuevas tecnologías en la infraestructura de la historiografía, hacen que el conocimiento del pasado remoto o inmediato sea cada día más objetivo, transparente y exhaustivo. Por otra parte, para sorpresa y asombro de la gente común, habituada a la tautología de la historia,⁵ el conocimiento del futuro —prognosis y no futurología ni construcción utópica— suscita actitudes de interés creciente. Estas actitudes, por lo general, adelantan una percepción progresiva de la historia, lo que implica una "visión histórica del futuro",⁶ horizonte ajeno a la historiografía tradicional; en lo específico, convierten el futuro en objeto del presente, explicando, desde ahora y para el porvenir, los cambios de mentalidad y de realidad vivida que se producen por doquier.

La prognosis, o conocimiento anticipado, se apoya en la disponibilidad historiográfica, en las características del desarrollo global, y en algunos aspectos cualitativos del análisis estadístico. Este

tipo de reconocimiento subraya el papel condicionante de ciertas "estructuras axiales",⁷ y de otras tendencias específicas de largo alcance, para prevenir determinadas situaciones generales y futuras. Entre las primeras se citan: el orden mundial, el control de la ciencia y la tecnología, la economía de mercado, el dominio político y social de la tecnoestructura, la limitada existencia de recursos naturales, el uso de nuevas fuentes y formas de energía. Estos aspectos representan ejes estructurales que inciden fuertemente en el diseño de escenarios futuros de la sociedad global, o ámbitos previstos para su historia.

Entre las tendencias de largo alcance destacan: el uso privilegiado de la ciencia y la diseminación desigual de la tecnología, la informatización del conocimiento, la modernización inducida, la reorganización de viejas y nuevas fuerzas productivas, la administración del trabajo, el crecimiento demográfico, las contradicciones culturales y étnicas, la degradación de la biosfera y el deterioro del medio ambiente, la marginación y empobrecimiento de grandes sectores humanos, los movimientos regionales, el atraso, la dependencia, entre otras. Las estructuras y tendencias anotadas forman parte de la historia concreta, en tanto que las aserciones basadas en la prognosis apuntan hacia un redimensionamiento del conocimiento histórico, exigiendo, implícitamente, una *mise au jour* de su discurso.

La puesta al día del discurso no está condicionada únicamente por el conocimiento de fuentes y archivos, sino también por la participación de otras disciplinas y métodos de probado valor cognitivo. La relevancia de las ciencias sociales se patentiza en múltiples aportaciones que contribuyen eficazmente a replantear hechos y cambios ignorados o descuidados. La arqueología, la antropología en sus múltiples vertientes, la demografía, la lingüística, aportan al conocimiento histórico niveles de mayor precisión y amplitud. Estos aportes se complementan con las contribuciones de la economía, la sociología y la ciencia política, cuyo entramado interdisciplinario incide fuertemente en la modernización y sistematización del discurso histórico. Sin la participación plural de estas ciencias, que se hizo notoria a partir de los años treinta, la historia escrita de nuestros pueblos, por tanto su discurso, no habría logrado la articulación que actualmente tiene.

II

En la historiografía de América Latina pesa una tradición: las historias "generales" o nacionales, escritas durante el siglo XIX y hasta muy entrado el siglo XX. Son historias preferentemente políticas, ancladas en la narración de los cambios de poder, en la exaltación de nombre y fechas, cuando no de mitos y leyendas.⁸ Si esa tradición no ha cambiado sustancialmente, cabe reconocer que muestra actualmente nuevos aspectos en función de las aportaciones de distintas ciencias. En esta perspectiva, los estudios de carácter nacional, regional o monográfico, del presente, plantean temas y problemas eludidos o poco estudiados en el pasado; son situaciones y procesos que se explicitan en otros y nuevos contenidos del discurso histórico. Este avance no es fortuito ni meramente académico: sus logros se remontan a la crisis de una historia centrada en los acontecimientos y que dio paso a la postulación de una "nueva historia" o "historia total", sustentada en otros paradigmas del conocimiento histórico.

La preferencia por la historia política coincide con los niveles alcanzados por el arte historiográfico. Con la falta de una investigación exhaustiva de los hechos y las fuentes, se ha proyectado el espejismo de considerar a la historia política como explicación completa e insoslayable de la compleja formación histórica de nuestros pueblos. Se la escribía como relato lineal y más o menos ordenado de acontecimientos y cambios de poder, o como la aparición y participación heroica y episódica de personajes que, en el relato, sobreponían su protagonismo al acontecer totalizado de la vida nacional. Un conocimiento más completo de los hechos enseña que la historia de nuestros países no se circunscribe a la disputa por la nación y el poder, ni se desvanece en el juego de intereses de las clases dominantes, cuyos historiadores no veían en el pueblo un conjunto humano, forjador toda historia posible, inclusive la política, sino "la plebe", "la turba", "la chusma", "la masa" errática, instintiva, desposeída de intereses, ideales y memoria. En este tipo de narración, la explicación reductiva de la historia a "lo político" ha distorsionado el discurso, dándole una función ideológica de poder, antes que el carácter de conocimiento comprensivo.

En toda época y lugar los hechos económicos tienen un papel activo y condicionante. La crisis mundial del capitalismo de los años treinta, puso en el tapete

de discusión el carácter estructural del subdesarrollo y sus derivaciones económicas, políticas, sociales y culturales. La amplitud y profundidad de la dependencia, la pobreza del estado, la inanidad de la sociedad y las rémoras del desarrollo nacional obligaron a contextualizar los hechos económicos en el discurso histórico. De manera general, el uso de sus categorías y conceptos, en nuestros países, no ha sido fácil; se tuvo que vencer una intensa confrontación académica e ideológica. Su inevitable consideración, con prevenciones y reparos de diverso tipo, ha sido fundamental tanto en el esclarecimiento de la modalidades que afectan el ejercicio de la soberanía nacional, cuanto en el debate sobre el papel que desempeñan las fuerzas económicas y sociales en la política, la cultura, el arte y el pensamiento, sobre todo en el carácter de las ideologías y mentalidades que prevalecen y chocan en los países dependientes.

A partir de la segunda Guerra Mundial, la división del mundo en dos sistemas antagonicos ha propiciado nuevas formas del discurso histórico. Por razones políticas, geográficas y estratégicas, América Latina se vio en las tenazas de poderosas fuerzas proyectadas a escala mundial. La posibilidad de que más de cuatrocientos millones de hombres, repartidos en una veintena de países, produjeran cambios drásticos para emprender un camino distinto del que señala el capitalismo dependiente, la región se transformó en un escenario más de la "guerra fría", donde el antagonismo y la violencia puestos en juego tuvieron mucho que ver con discursos comprometidos y opuestos de nuestra historia.

En ese periodo de lealtades y compromisos cuestionados, la historia social se afirmó con vocación de síntesis para explicar la estructura social, su estratificación y los movimientos sociales.

Los hechos históricos tuvieron una explicación más integrada o coherente, y el discurso tomó un acento nuevo, calando a fondo el sentido que tiene el poder, el desarrollo nacional y el acontecer cotidiano, sustentado en las articulaciones, coyunturas y movimientos profundos que sólo se dan en el tejido social. La historia social dio carta de ciudadanía a

sujetos colectivos emergentes, a las clases sociales; a las masas de trabajadores y sus organizaciones; a los agrupamientos gremiales; a los partidos políticos; a las fuerzas armadas, la iglesia, las colectividades estamentales, los nucleamientos generacionales y de género; en suma, recabó la actividad de sujetos colectivos, dotados de un discurso plural y en conflicto, pero siempre en función de sus aspiraciones, ideologías y necesidades.

La ruta seguida por el discurso histórico en América Latina muestra su historicidad. Sus articulaciones significativas reflejan las dimensiones de

la historia política, económica y social. Con esas dimensiones se desarrolla el discurso histórico. En él están presentes distintos niveles de comprensión conceptual y de análisis factual, así como la pluralidad de aportaciones de otros métodos y disciplinas, pero sobre todo está inserta la mentalidad de quienes le dieron cuerpo y forma, según las ideologías y visiones del mundo que prevalecen en un tiempo dado.¹⁰

Con el riesgo de incurrir en un esquematismo tosco y deficiente, pueden señalarse los hitos principales de esa ruta. En el siglo XIX predominó la visión eurocéntrica, ampliada con el uso de ideologías de corte positivista. A fines de ese siglo y hasta después de la segunda Guerra Mundial, la expansión del capital propagó una visión histórica "panamericana" que no ha cesado, por los rasgos y enfoques



hegemónicos que tiene; luego, en el marco del mundo dividido en capitalista y socialista, el discurso ha reflejado en cierta forma la confrontación o "guerra fría" de ambos sistemas. En el fondo de esa confrontación reverberan dos maneras de hacer e interpretar la historia. En el presente, y por razones ya anotadas, el discurso histórico de la región se inscribe en los condicionamientos imperantes de la historia mundial: la unipolaridad y la globalización.

Esto quiere decir que en cinco siglos de inserción de América Latina en la historia mundial, su discurso histórico registra los cambios externos con mayor nitidez que los propios, producidos en un periodo de larga duración. No obstante la trascendencia nacional o regional que tuvieron algunos de estos cambios, casi todos parecen haberse cristalizado en un discurso reiterativo de aspectos que persisten en el presente. Especificar estos aspectos, o simplemente anotarlos, supone constreñirse a la rutina de reproducir la

carta de identidad de una región secularmente atrasada, subdesarrollada y dependiente. Con tales rasgos, la imagen de América Latina no ha cambiado sustantivamente, o ha cambiado tan poco que, en su exhibición, prevalecen todavía conceptos luidos en el relato y análisis de hace más de medio siglo. En ello se percibe que su historia escrita es todavía discurso de larga duración y que no registra cambios verazmente cualitativos. Para decirlo de otra manera, su historia escrita, el discurso, tiene mucho de un retrato deteriorado por el tiempo; conserva rasgos del pasado como si fueran definitivos, no obstante los hechos producidos y que se producen en la historia presente.¹¹



efectivamente. Para dar cuenta de ella, se dispone de otra historia que es narración, reconstrucción discursiva de los hechos o historiografía. La relación entre ambas es semejante a la del cuerpo con su sombra. La historia concreta se mueve en el tiempo y espacio; su relato, reconstrucción o historiografía la acompaña. En esta relación irreversible, la historiografía, sin desvirtuar la índole de sus componentes, deviene explicación razonada del pasado, discurso vertido en conceptos¹² que se refieren al conocimiento de la historia en sus múltiples dimensiones.

La expresión "dimensiones de la historia" tiene un sentido metafórico; por tanto es un concepto libre no adherido a la noción euclidiana del espacio. En la vida cotidiana, los objetos materiales se presentan representados con las dimensiones que tienen o se les asigna. Tal situación es distinta cuando se mencionan objetos que no son cosas, en el sentido estricto que

éstas tienen. Tal es el caso de la historia, realidad singular cuyo significado dual obliga a entenderla de dos maneras: por una parte, como *continuum* o acontecer ininterrumpido, aleatorio y diverso de los hechos humanos; por otra, como historiografía o disciplina que reconstruye y explica el acontecer histórico en distintas dimensiones del conocimiento.

La historia que sucede realmente carece de dimensiones, o posee todas, porque su realidad, su *continuum*, es omnidimensional y abarca a todo lo que existe, salvo la eternidad y los objetos

que le conciernen. No otra cosa significa la plétora creciente de historias diversas. Sólo citarlas exige elaborar un listado interminable, de la A a la Z, sin acabar de llenar los impredecibles huecos de su ordenamiento alfabético. La posibilidad de escribir un sinnúmero de historias radica en las posibilidades de recabar la memoria de logros y empeños humanos; por ello hay historias de casi todo lo que

III

En la experiencia del cambio y la continuidad, se vive la historia concreta, la que sucede

el ser humano hace, piensa, cree, siente y espera (¿no hay historia de las escatologías, o de las utopías escritas en diversas épocas, historias de lo que el hombre espera o ha esperado de las ultимidades del porvenir?) En fin, puede afirmarse que la abundancia de historias escritas está supeditada al desarrollo y expansión de la historiografía, en cuyos ritmos se hace válida la metáfora "dimensiones de la historia", áreas en las que se estudian las inacabables actividades humanas y cambios de la sociedad.

La historiografía de América Latina muestra sus dimensiones en la perspectiva de lo que se ha dado en llamar "cambios de larga duración". La consideración de estos cambios en términos de periodos históricos induce a comprender que, éstos, una vez iniciados, generan un discurso proclive a cierto acostumbamiento o rutina, con lo que la duración deviene situación permanente, cotidianeidad ordinaria y despolitizada.¹³ Desde tal punto de vista, el discurso histórico de América Latina estaría adscrito al colonialismo iniciado en 1492, periodo largo que, referido a la historia de la región, anterior al descubrimiento y la conquista, sigue siendo cambio de larga duración.

La historia de América Latina a partir del primer cuarto del siglo XIX, periodo de guerra y logro de la independencia política, se expresa en conceptos y categorías que deslindan la realidad de una sociedad sometida a la permanencia y variaciones de un periodo de larga duración. En su discurso prevalecen las dimensiones o áreas en que la región ha sido historiada, siguiendo los ritmos y jalones de la historia que realmente sucede. La modernización desigual y fragmentada, la expansión de la sociedad urbana, los cambios demográficos, la industrialización parcial e inconclusa, el crecimiento económico, la sucesiva experiencia de distintos modelos de poder, la dependencia económica y política, las reformas, revoluciones y guerras civiles o internacionales, su participación en las decisiones mundiales de la ONU, sus procesos de integración, entre otros, son aspectos que planteados de manera distinta, se incorporan a un discurso que, actualmente, toma cuerpo con la globalización de la economía, la política y la cultura, tres componentes esenciales de su ser histórico, que amalgaman las contradicciones inerciales heredadas del colonialismo, periodo de larga duración que, en la región, ha tomado diversas formas históricas, desde el colonialismo clásico hasta el posmoderno.¹⁴

IV

Enfrentada con situaciones específicas de carácter nacional y regional, la historiografía de América Latina ha encontrado nuevas dimensiones para su desarrollo. En el ámbito conocido de las historias política, económica y social, y más allá de lo que representa la pluralidad de otras historias de reconocida producción y circulación (historia oral, microhistoria, historia regional, historia urbana, historia del arte, de la literatura, de la educación, y así sucesivamente; historia militar, historia sindical, de la iglesia y muchas otras), se perfilan nuevas dimensiones o áreas de la historiografía. Al respecto, y ciertamente con una enorme dosis de llaneza y arbitrariedad en las denominaciones, podría mencionarse como significativas las siguientes dimensiones: ecológica, o historia del medio ambiente; étnica, o historia de los movimientos étnicos; diferenciación regional, o historia de los movimientos regionales; popular o historia de los fenómenos informales de la economía y la política.

La historia del medio ambiente tiene antecedentes valiosos. Pese a su novedosa designación, no es tan nueva como podría suponerse. La obra de los cronistas y de otros escritores, en particular la del Inca Garcilaso de la Vega, aportan datos importantes para saber del mundo natural de la región y de su relación con el hombre en tiempos precoloniales. Los testimonios virreinales y de otros funcionarios de la Corona, así como los informes de viajeros notables, ilustran sobre el espacio natural y las actividades económicas. La narrativa y la historia económica y social de las últimas décadas dan cuenta de una sobreviviente economía de rapiña que propicia el deterioro ecológico y la destrucción de recursos naturales. Al cabo de siglos y ciclos de depredación nativa o extranjera, han surgido actitudes, mentalidades y movimientos colectivos decididamente contrarios a las prácticas y políticas que empobrecen la naturaleza. En esta dimensión del conocimiento histórico, el orden ecológico ha dejado de ser una cuestión informativa y científica, convirtiéndose en parámetro inobjetable de la riqueza y pobreza de los pueblos, al punto de que, por recomendación de Naciones Unidas, los gobiernos ha creado secretarías o ministerios para atender un sugestivo "desarrollo sustentable".

La degradación del medio ambiente se asocia al hambre, la miseria, el atraso, la indefensión, las

enfermedades y otras representaciones apocalípticas, cuya historia remite tanto al principio de racionalidad económica, cuanto a la ley del máximo beneficio, alma y razón de ser del colonialismo en todas sus formas y del imperialismo en sus diversas fases. La explotación de minas, campos petroleros, plantaciones agrícolas; la desertización de praderas fértiles, la tala y quema de bosques, la instalación de industrias tóxicas y otras formas de destrucción de la biosfera, han contaminado el aire, la tierra y el agua. Todo esto, y mucho más, es materia de memoria e historia y, también, todo esto está engarzado en las contradicciones del poder político, obsecuente con las presiones de la globalización que no se detiene ante el deterioro ecológico, pero ineficaz para reducir el aumento de la pobreza extrema, la desnutrición, las alteraciones de la natalidad, mortalidad y esperanza de vida, las migraciones masivas, todos engendros de la destrucción de los factores naturales de la vida. En suma, la dimensión ecológica tiene objetividad suficiente para historiar la relación dialéctica del hombre y la naturaleza, como fundamento de soberanía de la sociedad civil sobre su medio ambiente.



Las regiones, al margen de conocidas consideraciones geográficas y morfológicas, son configuraciones históricas y culturales, donde, con distintos grados de afinidad y cohesión, se ha establecido y se desarrollan múltiples relaciones económicas y sociales que perfilan su desarrollo, cuando no su autonomía. En las regiones, se acentúan complejas y peculiares formas socioculturales, muchas de ellas anteriores a la formación del Estado nacional, que, por su incoamiento, ha devenido ámbito político de movimientos regionales basados tanto en la similitud del ser y el hacer de las gentes de una región, como en las formas de enfrentar las necesidades y retos de la vida diaria. Por ellos, la historia de estos movimientos es distinta. En algunos casos, está fundada en tradiciones continuamente renovadas; en otros, su presencia obedece a motivaciones coyunturales e inmediatas, pero siempre relacionadas con un sedimento de reivindicaciones insatisfechas.

Los movimientos regionales, antaño vistos como fruto de rivalidades y contiendas de oligarquías locales, hoy día tienen una dimensión distinta. La región y su sociedad se mueven no sólo en función de sus demarcaciones geográficas y de su identidad colectiva, sino también en función de la esperanza, en cuyo fondo subyace un futuro, el de la región, *desideratum* construido sobre bases de una rigurosa deducción de hipótesis sobrepuestas. El poder de decisión sobre su desarrollo, la efectiva disponibilidad de sus riquezas naturales, una mayor asignación de recursos humanos y financieros por parte del Estado, el potenciamiento de espacios económicos y circuitos comerciales, una mayor representatividad en los centros nacionales del poder, el acceso imposterizable a la educación, la salud, la cultura y la comunicación, son motivaciones que dan vigencia al discurso de estos movimientos. En países donde el desarrollo desequilibrado y el atraso han agravado los problemas de vertebración geográfica, desigualdad cultural y rezago en la modernización, los movimientos regionales asumen activas luchas cívicas con la participación de todos los sectores de la población y sin ideologías partidistas, al punto de que algunos de ellos desarrollan nuevas relaciones de poder con el Estado y avanzadas formas de autonomía. En estos y otros aspectos reside la viabilidad de esta nueva dimensión de la historia, cuya categoría o núcleo

principal de integración teórica es la heterogeneidad o diferenciación regional.

Numerosos grupos étnicos de América Latina han pasado de la inercia a la acción. Su discurso pacífico o violento es indicado serio de que, para saber la historia de una nación, hay que conocer su dimensión étnica.¹⁵ Es historia que tiene un pasado inmensamente rico. Su dinámica registra tradiciones milenarias y seculares formas de vida de grupos étnicos constituidos y en proceso de etnogénesis; asimismo, fluye un pasado confrontado con rancias políticas ideológicas racistas gestadas en el colonialismo, o con diversas formas de despojo, explotación y violencia, prohijadas por estructuras feudales y capitalistas. A tono con las luchas étnicas de otras regiones del mundo, en América Latina se plantean vías propias para el tránsito del Estado-nación al Estado multinacional y plurilingüe. en su lucha por el reconocimiento de hábitos, valores y símbolos que reflejan la pluralidad cultural, los movimientos étnicos vinculan viejos anhelos de justicia con la reivindicación jurídica y política de territorios ancestralmente suyos; con ello, las luchas campesinas e "indígenas" para reformar la propiedad y tenencia de la tierra ha devenido lucha intransigente por la posesión de su territorio. En el empeño de superar la marginación y explotación, las luchas étnicas, en algunos casos, asumen formas potenciadas de guerra y rebelión. Por lo que representa la dimensión étnica de la historia, a la historiografía le será difícil negar espacios a las aspiraciones, luchas e intereses de los grupos étnicos, sobre todo en aquellos países donde el discurso de la "etnicidad" no es una cuestión retórica, sino expresión de sus mayorías, atributo y marco del accionar histórico de los pueblos originarios.

La pluralidad de culturas afectadas por la herencia colonial, el carácter conflictivo de las relaciones sociales, las desigualdades regionales y urbanas, han configurado movimientos sociales polifacéticos que postulan nuevas formas de integración popular. Su orientación está dirigida hacia el reconocimiento de sus aspiraciones y la legitimación de sus intereses. Estos movimientos, siendo atípicos o "informales", han tenido presencia en diversos momentos de la historia. Su intermitencia o, en algunos casos, continuidad, está condicionada por demandas

sociales no cubiertas, vinculadas tanto con la crisis económica y social de larga duración, como con la desestructuración actual de viejos sistemas de participación y representatividad.¹⁶

El discurso de estos movimientos asocia motivaciones diversas y hasta contradictorias. Sus bases sociales forman un conglomerado amorfo, con fuertes connotaciones residuales de clases marginadas. A falta de una ideología propia, expresan su imaginario que entreteje innumerables representaciones del papel que desempeñan en el escenario nacional, encaminándose hacia una suerte de hegemonía societal, distinta de la del Estado. Dadas sus características, estos movimientos perfilan una dimensión popular, cuya historia se mezcla con la "historia desde abajo",¹⁷ a su vez variante de la historia social.

Desde otro punto de vista, el adjetivo "informal" tiene un significado preciso. Se habla de "economía informal" para referirse a aquellas actividades peculiares que escapan al control fiscal del Estado. Son actividades ocultas, subterráneas, sancionadas por la ley y la sociedad, abarcan la corrupción, el narcotráfico, el comercio de armas, la trata de blancas, el contrabando. Son actividades que tienen un pasado, por lo que configuran áreas de investigación en las que se perfilan historias de la corrupción, del narcotráfico, del comercio de armas, del contrabando, de la prostitución entre otras. Esta dimensión historiográfica tiene especial importancia para la historia económica y la historia política, por las perturbaciones que produce la economía informal en las economías nacionales y en el funcionamiento del Estado.

Las dimensiones de la historia, anotadas en este trabajo, no alteran la tradición historiográfica. Desde el momento en que se formuló la "nueva historia" se ha pensado en la "historia total", tomando la historia social como eje de su integración teórica, de tal modo que toda "dimensión de la historia" estará alojada, siempre, en la matriz social de la historia. En esta perspectiva, el surgimiento de nuevos hechos y acontecimientos, o el replanteo de otros, tomará su lugar en el desarrollo de la historiografía, sin que por ello pueda suponerse en el discurso histórico llegue a tener la misma extensión de la historia que sucede efectivamente •

Notas

- ¹ La idea de entender la historia sólo como conocimiento del pasado es el alma de la historiografía. Este término, acuñado y definido por Campanella como "el arte de escribir la historia", reduce su significado al conocimiento documentado de los hechos y no se refiere a la realidad de la historia, la que sucede efectivamente. El artífice de esta reducción conceptual, fue sin duda, Herodoto, quien, en líneas iniciales de su libro I, ha dejado sentado que la historia es investigación y narración, "para que no se desvanescan con el tiempo los hechos de los hombres". Esta idea, convertida en *duxit* en el curso de los siglos, ha servido de justificación para que los filósofos, relevando a los historiadores, tomen a su cargo la explicación del otro significado de la historia, relativo a su realidad, a la historia concreta.
- ² Para evitar ambigüedades, cabe distinguir entre el discurso histórico y el discurso sobre la historia. El discurso histórico se refiere a los hechos mismos, estructurados intelectualmente en representaciones conceptuales con que se explica el acaecer histórico. En ello radica su carácter razonado. A su vez, el discurso sobre la historia, en su formulación, responde usualmente a finalidades extrínsecas y de carácter pragmático (cfr. Maquiavelo, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*; Bossuet, *Discurso sobre la Historia Universal*, etcétera).
- ³ "¿Qué es la historiografía? Nada más que la historia del discurso un discurso escrito y qué dice se cierto que los hombres han hecho sobre el pasado; sobre su pasado". (Carbonell, Charles-Olivier, *La historiografía*, FCE, México, 1986, p. 8)
- ⁴ El carácter paradójico de este tipo de labor historiográfica radica en tres evidencias: documenta, clasifica y ordena un discurso histórico del porvenir. Sus testimonios no están avalados por la mirada del búho de Minerva que levanta vuelo al atardecer, después de los hechos consumados (historiografía, en sentido estricto), como escribió Hegel para referirse a la filosofía, ámbito de comprensión de la historia como realidad.
- ⁵ Según Heidegger, definir la historia como conocimiento del pasado es tautología; equivale a definirla como conocimiento de sí misma porque el pasado es historia; el pasado existe sólo como historia. Cfr. *El ser y el tiempo*, FCE, México, 1962.
- ⁶ W.H.G. Aemylage, *Visión histórica del futuro*, ediciones península, Barcelona, 1971.
- ⁷ Daniel Bell define este conocimiento como "un intento de utilizar un nuevo tipo de análisis conceptual, el de los principios y estructuras axiales, como un modo de clasificar la gran cantidad de perspectivas posibles sobre un cambio macro-histórico". *El advenimiento de la sociedad posindustrial*, Alianza Universidad, Madrid, 1989, p. 13.
- ⁸ Germán Carrera Damas, historiador venezolano, anota diversas fallas en la historiografía de su país, y que, *mutatis mutandis*, se hacen extensivas a la tradición historiográfica de América Latina. Entre esas fallas señala como importantes: la temática hagiográfica, una periodización subjetivista, el descuido de las fuentes, la ausencia de técnicas, métodos y criterios (*Metodología y Estudio de la Historia*, INCIBA, Caracas, 1969).
- ⁹ Jean Chesneaux asienta que "el modelo dominante del discurso del historiador no es irreversible y que no pocos trabajos producidos hoy sobre la base de sus falsas evidencias parecerán un día tan irrisorios, tan vacíos y ficticios como esas inmensas bibliotecas de centenares de libros consagrados a problemas que hoy no cuentan para nosotros" (*¿Hacemos tabla rasa del pasado?*, Siglo XXI, México, 1981, pp. 85-86).
- ¹⁰ El filósofo, y por analogía el historiador, en palabras de Hegel, es hijo de su tiempo y no puede rebasarlo. Su discurso refleja el conocimiento y comprensión de la historia en su época. Desde este punto de vista, el discurso histórico, contenido en la historia conocida o escrita, es interpretación o narración elaborada en un presente dado. Para América Latina, ese presente se hace interminable, con los matices de un colonialismo de larga duración.
- ¹¹ Hegel, Croce, Ortega y Gasset se refieren a la historia del presente en términos propios de su filosofía. Alfred Stern la define como "historia que transcurre delante de nuestros ojos y de la cual somos testigos". (*La filosofía de la historia y el problema de los valores*, EUDEBA, Buenos Aires, 1964, p. 21) A mi juicio, la historia del presente es historia concreta; la experimentamos sin mediaciones; la asimilamos como vivencia en los términos explicados en la primera parte de este trabajo.
- ¹² Ni la realidad ni la realidad histórica pueden representarse tal como son, al margen de nuestros conceptos. La historia como conocimiento no es ni puede ser una copia fiel de la realidad. El historiador selecciona los hechos; los separa y luego los vincula mediante conceptos, categorías y criterios de valor. Así, en la elaboración del conocimiento histórico, el historiador reemplaza el flujo continuo de los hechos por una continuidad discursiva. Para decirlo brevemente, en la historiografía la historia concreta es discontinua, en tanto que el discurso posee continuidad conceptual.
- ¹³ Cfr. Chesnaux, *ob. cit.* pp. 148-158. Señalar el largo tiempo como inductor de un discurso de rutina o acostumbramiento, no quiere decir que América Latina se haya "acostumbrado" al colonialismo y lo haya acatado abnegadamente. Las insurrecciones indígenas del siglo XVIII, las guerras independentistas del siglo XIX, los movimientos de liberación nacional, las revoluciones nacionales y populares dicen bastante acerca de rupturas y proyectos anticolonialistas. Otra cosa es el truncamiento repetido de esta perspectiva, o que el discurso no llegue a percibir su profundidad.
- ¹⁴ Miranda Pacheco, Mario, *América Latina y el colonialismo posmoderno*. Periódico *Excelsior*, 15, 17, 18 y 19 de septiembre, México, DF, 1992.
- ¹⁵ Cfr. Albó Xavier y Barnadas Josep M., *La cara campesina de nuestra historia*, ed. Alenkar Ltda. La Paz, Bolivia, 1984.
- ¹⁶ El trabajo de José Matos Mar, *Desborde Popular y crisis del Estado*, CONCYTEC, Lima, 1984, es una lúcida exposición de estos aspectos, aunque referida sólo al Perú.
- ¹⁷ Sharpe, Jim, Historia desde abajo, en Peter Burke (ed.), *Formas de hacer historia*, Alianza Universidad, Madrid, 1996, p. 43. La historia "desde abajo" es una designación ambigua, adscrita a la historia social. En los hechos, es historia de los que carecen de representación y protagonismo en el desarrollo de los acontecimientos y que, a pesar de ello, juegan un papel significativo en el desenlace de los mismos. En la narrativa y como ejemplo, cabe mencionar la novela mexicana *Los de abajo*, de Mariano Azuela.